

# Unamuno con matices

*Dos biografías recientes descubren al Unamuno más íntimo y personal, a la vez que matizan la imagen de ególatra con la que se identifica al intelectual bilbaíno.*

FRANCISCO FUSTER GARCÍA

J.-CLAUDE Y C. RABATÉ, *MIGUEL DE UNAMUNO: BIOGRAFÍA*, TAURUS, MADRID, 2009

JON JUARISTI, *MIGUEL DE UNAMUNO*, TAURUS, MADRID, 2012.

“EN LAS MÁS DE LAS HISTORIAS DE LA FILOSOFÍA QUE CONOZCO SE NOS PRESENTA A LOS SISTEMAS COMO ORIGINÁNDOSE LOS UNOS DE LOS OTROS, Y SUS AUTORES, LOS FILÓSOFOS, APENAS APARECEN SINO COMO MEROS PRETEXTOS. LA ÍNTIMA BIOGRAFÍA DE LOS FILÓSOFOS, DE LOS HOMBRES QUE FILOSOFARON, OCUPA UN LUGAR SECUNDARIO. Y ES ELLA, SIN EMBARGO, ESA ÍNTIMA BIOGRAFÍA LA QUE MÁS COSAS NOS EXPLICA.”

Miguel de Unamuno  
*Del sentimiento trágico de la vida*, 1912

Desde que el periodista Emilio Salcedo publicara en 1964 su *Vida de Don Miguel*, casi nadie<sup>1</sup> se había atrevido a enfrentarse a la titánica labor que supone reconstruir con un mínimo de coherencia la biografía personal e intelectual de Miguel de Unamuno

y Jugo (Bilbao, 1864–Salamanca, 1936). Entre las posibles razones que explican estas décadas de silencio en torno a la figura unamuniana, se encuentra el hecho indiscutible de que estamos ante el que tal vez sea el miembro más contradictorio de todos los que formaron esa brillante generación –ya de por sí bastante contradictoria– de la letras españolas de fin de siglo. Porque, efectivamente, en Unamuno se da la circunstancia de haber sido a la vez –y en una proporción casi exacta– persona y personaje; de haber logrado compaginar su irrefrenable tendencia a la egolatría con la continua presencia pública de quien siempre se consideró un intelectual obligado a levantar su voz para terciar en todo tipo de debates. Si reparo en esto es porque me parece importante destacar la “intrahistoria” –nunca mejor dicho– que hay detrás de los dos trabajos que me dispongo a comentar, pues no todos los años se publica la biografía de un individuo a cuyo interior parecía casi prohibido asomarse.

Desde esta perspectiva, es muy posible que con Unamuno haya sucedido eso que ocurre a veces con los grandes nombres de la historia: que el tamaño del mito puede haber ocultado o empequeñecido al hombre; que el apellido del Unamuno personaje parece haber fagocitado al nombre del Miguel persona. Son muchas las historias de la literatura o de la filosofía española que han presentado habitualmente a Unamuno como un hombre ambiguo y ensimismado, víctima de un misticismo *sui generis* y de una agitada vida interior nunca aclarada del todo. O también como el autor de varias obras filosóficas –que solo se entienden en el contexto de esa tortuosa dialéctica unamuniana– muy complicadas de leer por estar plagadas de neologismos y de ese personal vocabulario del autor.

<sup>1</sup> El escritor salmantino Luciano G. Egido, autor de un muy sugerente ensayo, *Agonizar en Salamanca* (Alianza, 1986; Tusquets, 2006), sobre los últimos meses de vida de Unamuno, publicó una sintética biografía del escritor: *Miguel de Unamuno* (Junta de Castilla y León, 1997) que, desde el punto de vista de la documentación, no aportaba grandes novedades con respecto a la de Salcedo y que pasó prácticamente inadvertida para el gran público, quizá por su escasa difusión al tratarse de una publicación institucional.

Pero esto, que durante mucho tiempo se ha visto como una especie de barrera o freno para las iniciativas de aquellos investigadores que en el pasado se pudieron haber planteado un proyecto de biografía finalmente abandonado, se ha convertido en el caso de los biógrafos a los que me voy a referir aquí en un auténtico reto, asumido con el objetivo declarado de retornar a Unamuno a la actualidad de una vida cultural española necesitada de referentes.

### UNAMUNO ‘PAR LUI MÊME’

Reconociendo el egotismo que inspira toda la obra del escritor vasco, y apelando a la confesión hecha por el propio Unamuno cuando afirmaba que “mis obras son mi biografía”, los hispanistas Jean-Claude y Colette Rabaté admiten haber redactado una obra en la que, siempre que ha sido posible, se ha cedido la voz al protagonista, echando mano para ello de una ingente y variada cantidad de recursos. Precisamente esa es la principal novedad de la biografía unamuniana publicada por Taurus en 2009: construir su discurso a partir de testimonios que van desde los centenares de artículos publicados en la prensa, hasta los ensayos y novelas más conocidas, pasando por los cuadernillos y diarios íntimos escritos por el biografiado durante su juventud y vejez y, por supuesto, por las miles de cartas (muchas de ellas inéditas) que se estudian aquí por primera vez y que son las auténticas protagonistas del texto, al haberse privilegiado su uso sobre el resto de fuentes.

Y esta que es la mayor virtud de una obra minuciosa y riquísima en la documentación, de esas que hacen las delicias de historiadores y eruditos ansiosos de conocer hasta el mínimo detalle, resulta también el aspecto más discutible de esta biografía monumental y, desde el punto de vista del lector no especialista, el más disuasorio, pues al problema de la extensión –son casi 800 páginas– se añade el de esta acumulación abrumadora de datos no siempre interpretados. No lo subrayo como un defecto porque la elección en el enfoque de un estudio biográfico es siempre subjetiva y, por tanto, cuestión de gustos o prioridades. Ahora bien, sí considero que la

subordinación como fuente de la obra literaria de Unamuno frente a su correspondencia y escritos teóricamente más autobiográficos (diarios y cuadernillos) puede ser muy opinable por algo que, a mi juicio, tiene que ver con la misma raíz de toda la obra –de ficción y de “no ficción”– unamuniana. En el apartado final del libro, los autores incluyen un comentario sobre los materiales usados en el que, al repasar las fuentes literarias y ensayísticas, reconocen que estas han sido las menos usadas y que su intención se ha reducido a “aclarar la génesis de las obras (creación, recepción, difusión)” (págs. 714), renunciando a una mayor labor de interpretación o al análisis profundo de ellas. Esta elección deliberada, comprensible en otros contextos (el espacio de una biografía no es ilimitado y por algún sitio hay que cortar), resulta algo más problemática para el caso de un autor que, si por algo se caracteriza, es justamente por el inequívoco y exagerado autobiografismo que impregna todas las páginas de sus obras, incluidas las de ficción. Porque, como ha venido repitiendo la crítica, estamos ante uno de los autores españoles –quizá junto con Pío Baroja y alguno más– que más se deja ver y escuchar en sus ensayos y novelas a través de unos personajes que son en buena parte retratos o versiones de ese “yo” omnipresente sobre el que el propio Unamuno también opinó en alguna ocasión: “Sí, toda novela, toda obra de ficción, todo poema, cuando es vivo, es autobiográfico. Todo ser de ficción, todo personaje poético que crea un autor hace parte del autor mismo”<sup>2</sup>.

Y al margen de esto, pero directamente relacionado con la menor atención prestada a la obra literaria en esta biografía, se encuentra el hecho no analizado por los autores de la imposible adscripción de Unamuno a un ámbito del saber estanco o, dicho de otro modo, de la irresoluble duda acerca de si la obra unamuniana es más literaria que filosófica o viceversa. En este sentido, y como nos explicó Roberta

<sup>2</sup>Miguel de Unamuno, “Cómo se hace una novela” (págs. 181-209), en *Manual de quijotismo. Cómo se hace una novela. Epistolario de Miguel de Unamuno-Jean Cassou*, Edición de Bénédicte Vauthier, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2005, pág. 184.

Johnson en su ensayo *Fuego cruzado: filosofía y novela en España (1900-1934)*, Unamuno formó parte de ese grupo de escritores del fin de siglo –entre los que también se encuentran Baroja, Azorín y Ganivet– a los que podríamos llamar “novelistas filosóficos”; autores cuya obra demuestra –como lo demuestra también la del joven José Ortega y Gasset– que el pensamiento “filosófico” español contemporáneo nos llega por primera vez a través del género novelístico o, cuando menos, adoptando una forma literaria o ensayística (como sucede en el caso de los primeros trabajos de un Ortega que no publica sus *Meditaciones del Quijote* hasta el 1914). Es esta una peculiaridad española que afecta directamente a un Miguel de Unamuno que no solo transgredió continuamente los límites entre géneros y las barreras interdisciplinarias, sino que argumentó en repetidas ocasiones que la auténtica filosofía española se encontraba inserta y difusa en nuestra literatura más que en cualquier otro lugar. Lo defendió y lo practicó él mismo cuando en el prólogo-epílogo que escribe en 1934 para la reedición de *Amor y pedagogía* reconoce que, como forma de expresión de sus sentimientos, la literatura era preferible a la filosofía: “Por esto el sentimiento, no la concepción racional del universo y de la vida, se refleja mejor que en un sistema filosófico o que en una novela realista, en un poema, en prosa o en verso, en una leyenda, en una novela”<sup>3</sup>.

Como digo, esta disyuntiva entre el Unamuno filósofo y el novelista tampoco es abordada en esta biografía que, en cambio, se centra más en la vertiente como político o personaje público del biografiado y, por encima del resto de facetas, en su trayectoria más personal: sus relaciones humanas y sociales, de amor y de amistad, que son cumplidamente reconstruidas gracias a una laboriosa exhumación de la correspondencia y los escritos en primera persona del autor. Desde este punto de vista, y excepción hecha de las objeciones ya señaladas, pienso que nos encontramos ante una biografía seria y

rigurosa, especialmente útil para el investigador que quiera acceder a esas fuentes nuevas que aquí se aportan. Aun admitiendo la posible discrepancia en el enfoque dado por los autores al uso de las fuentes, sí creo de justicia reconocer y ponderar –y así lo hago– el enorme trabajo de documentación que se intuye tras las más de setecientas páginas de un volumen que reúne los requisitos necesarios para ser incorporado a la más selecta y exigente de las bibliografías unamunianas.

### EL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA BIOGRAFÍA

Si ya es raro que se publiquen dos biografías de un mismo personaje en apenas tres años (y más teniendo en cuenta que, como ya hemos señalado al principio, Unamuno no había sido objeto de un estudio biográfico extenso y completo desde hacía más de cuatro décadas), menos habitual incluso resulta el hecho de que estas dos publicaciones aparezcan bajo el mismo sello, en este caso el de la Editorial Taurus. Lo que parece de entrada un enigma editorial (plantear a los posibles lectores la elección entre dos opciones que se hacen la competencia), se resuelve –al menos en parte– cuando se leen ambas biografías y se comprueba desde el inicio que cada una de ellas responde a una motivación diferente y, por esto mismo, se nos “venden” –tanto por parte de sus autores como por parte de la propia editorial– como dirigidas a un tipo de lector que no tiene que ser necesariamente el mismo. Si el Unamuno de los Rabaté que acabo de comentar se nos presenta como una obra ortodoxa que tiene su gran reclamo en la copiosa documentación puesta al alcance de un público que se presume académico o universitario, de un lector más o menos especialista, la biografía del autor de *Niebla* que acaba de publicar el profesor Jon Juaristi, quiere responder a otro tipo de demanda ofreciendo –como explica Javier Gomá en la nota previa que precede a todas las biografías de esta colección– “una semblanza interesante, individualizada y realista del curso de su vida [la del biografiado] proporcionando al lector los resultados sintetizados de la última investigación más que cada uno de los

<sup>3</sup> Miguel de Unamuno, “Prólogo-epílogo a esta edición” (págs. 183-199), en *Amor y pedagogía*, Edición de Bénédicte Vauthier, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pág. 188.

detalles eruditos de ésta”. Con este loable propósito de acercar a un público amplio –“un lector culto no académico”– la trayectoria de algunas de las personalidades más destacadas de nuestra historia (españoles de “méritos sobresalientes” que carecen todavía hoy de una “biografía moderna”), la Fundación Juan March lleva varios años auspiciando el Proyecto “Españoles eminentes” con una serie de ciclos de conferencias impartidos por especialistas y, a partir de este año (la primera en aparecer hace unos meses fue la dedicada a Pío Baroja por José-Carlos Mainer), con la publicación en Taurus de una colección de biografías dirigida por los catedráticos, Juan Pablo Fusi y Ricardo García Cárcel.

Es en este contexto editorial donde hay que situar la reciente aparición de un libro que –por venir anunciándose desde hace tiempo– había generado expectativas dentro y fuera del gremio de la “unamunología”, como lo llama Juaristi en un prólogo en el que nos explica los motivos de su tenaz resistencia a escribir la biografía de un personaje cuya sombra no se ha podido quitar de encima, por decirlo con sus propias palabras. Y es que si hacemos caso a lo que nos cuenta el autor en esas páginas iniciales, su relación con el pensador bilbaíno va más allá de la simple lectura de sus obras, pues nace y se va forjando con el tiempo merced a una serie de coincidencias entre las biografías de ambos (unas evidentes y muy conocidas, otras quizá más forzadas) que no solo están presentes en este texto, sino que me atrevo a decir que condicionan la manera que tiene Juaristi de aproximarse a la peripecia vital unamuniana.

Lo dice el biógrafo en un programático texto inicial –“Como se hace una biografía”– en el que nos cuenta que, tras muchas idas y venidas, ha logrado por fin encontrar la fórmula de abordar un desafío que se le resistía: “Consiste en recurrir a la propia experiencia biográfica para saber qué es pertinente contar del biografiado y cómo hacerlo”. Efectivamente, esa es la metodología empleada por un Juaristi que ha escrito una biografía de Unamuno que también tiene algo de autobiográfica, de recorrido por los sentimientos encontrados que la figura unamuniana –y todo lo que la envuelve– ha

despertado en el autor. Y esa empatía personal, que los puristas juzgarían censurable para un género como el biográfico, donde se presupone al autor la obligación de ser objetivo y celoso en el uso de las fuentes, se me antoja como la mayor virtud de una biografía que, siendo rigurosa y precisa en los datos, se aleja del dogmatismo y la frialdad para presentar –y hacerlo con un estilo ágil que rehúye la prosa académica– una visión sugerente que invalida o matiza todos y cada uno de los tópicos que sobre la persona de Unamuno ha ido construyendo la crítica. En este sentido, la obra de Juaristi tiene la ventaja –en relación, por ejemplo, a la del matrimonio Rabaté– de estar escrita desde una cercanía emocional que, en mi opinión, le da un plus de calidad, si no en cuanto a la revelación de datos nuevos, sí a la hora de enganchar al lector común que pueda tener más interés en la persona que en el personaje.

Decía Azorín en una reseña en la que glosaba dos manuales de literatura española publicados por sendos hispanistas, que “un extranjero puede conocer perfectamente nuestra lengua y nuestra literatura y en su consecuencia escribir una excelente sinopsis histórica; pero hay en las literaturas una porción de aspectos sutiles, de matices casi impalpables, de gradaciones y de transiciones que forzosamente han de escapar al extranjero más avisado y perspicaz”<sup>4</sup>. Salvando las distancias, algo de esto se puede aplicar al caso de las dos biografías que aquí comentamos porque, si es verdad que el trabajo de Jean-Claude y Colette Rabaté es intachable desde el punto de vista del rigor científico, no es menos cierto que –ya sea por el paisanaje vasco o ya sea por otros motivos que también tocan lo autobiográfico– en la obra de Juaristi se respira un “aire de familia” entre biógrafo y biografiado que no hallamos en la obra de los Rabaté. Siendo más parca en los datos y en las fuentes empleadas –que, sin embargo, son igualmente abundantes– por parte de su autor, el buen hacer de Juaristi a la hora de conjeturar

<sup>4</sup> Azorín, “La historia literaria” (págs. 149-154), en *¿Qué es la historia? Reflexiones sobre el oficio de historiador*, Edición de Francisco Fuster García, Madrid, Fórcola, 2012, pág. 150.

y plantear hipótesis (algo que se echa de menos en la biografía de los Rabaté), unido a su profundo conocimiento del personaje y a una erudición usada en su justa medida (son brillantes las páginas del tercer capítulo dedicadas por el Juaristi filólogo a reconstruir la realidad sociolingüística del Bilbao natal de Unamuno), hacen que su provocador relato nos dé una mayor sensación de proximidad que atrapa y anima a seguir leyendo.

Y es que, a pesar de seguir un orden cronológico y organizarse en torno a una serie de capítulos que responden al esquema habitual, la labor del biógrafo no se queda en la pura enumeración de etapas, de nombres y de fechas señaladas, sino que parte del original análisis de un par de binomios –“Unamuno / Jugo”, “Amor / Pedagogía”– que le sirven para proponer una atractiva teoría según la cual el carácter del filósofo bilbaíno se forja desde el primer momento en torno a una especie de dualismo entre lo tradicional y lo nuevo, entre la permanencia y el cambio: “Valdría decir que en la persona del escritor convive un hombre arcaico, supuestamente arraigado en los orígenes, y un moderno, empeñado en la transformación revolucionaria del presente” (pág. 35). Es a partir de esta “dualidad constitutiva de su visión del mundo”, de esta tensión o lucha interior –jamás resuelta del todo– entre la querencia unamuniana por “la placidez de la vida comunal y anónima de los campesinos” y el “imperativo trágico de actuar e intervenir en la ciudad terrena”, como Juaristi traza un retrato original de ese Unamuno agonístico que se debate entre la “obligación” y la “devoción”: entre su inexcusable presencia como intelectual en la vida pública española y la inevitable desazón de su íntima y privada fe religiosa.

En definitiva, lo que nos brinda Juaristi con su particular Unamuno es una semblanza en la que desentraña hasta donde se puede el enigma de una vida extensa y fecunda, agitada por lo que su propio protagonista definió como un “sentimiento trágico”. Ese sentido agónico de la existencia atraviesa las páginas de una biografía perfectamente acabada en la que, pidiendo por pedir, solo echo en falta ese capítulo final (que en la biografía de Pío Baroja escrita por

José-Carlos Mainer para esta misma colección sí está) dedicado a responder –y cito a Javier Gomá en esa nota introductoria sobre los volúmenes que conforman esta colección de biografías– a la cuestión de “por qué el hombre objeto de la biografía es eminente y si, a juicio de su autor, éste sigue siendo acreedor a este título en nuestros días, con el cambio de perspectiva que acompaña al paso del tiempo”. Aunque se trata más un deseo de satisfacer la curiosidad personal que de una crítica a un libro en el que creo que no sobra ni falta nada, sí me hubiese gustado mucho –y creo que al resto de lectores también– leer ese epílogo de Juaristi justificando la condición de “español eminente” de Miguel de Unamuno para quienes, aún hoy, la siguen poniendo en duda.



FRANCISCO FUSTER ES DOCTOR EN HISTORIA CONTEMPORÁNEA E INVESTIGADOR EN EL DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA.